
SERMON

SOBRE EL EVANGELIO

VOS ESTIS SAL TERRÆ.

MATTH. CAP. V, V. 13 (1).

Este Evangelio, que hoy se canta en la Misa, cuyo principio son las palabras que he dicho, es parte de un largo razonamiento que Jesucristo nuestro Señor, estando en la cumbre de un monte, hizo á sus discípulos: adonde poniendo sus ojos en ellos, y viendo por una parte su pobreza presente, y considerando por otra los grandes trabajos que por causa suya y de su doctrina les estaban guardados en lo por venir; para juntamente enseñarles la vida que profesaban, y darles ánimo, y ponerles codicia á que llevasen su propósito adelante, y su profesión, abrió su divina boca, y sacando á luz los tesoros secretos de su sabiduría, comenzó á decir lo que jamás por otra ninguna boca se dijo. En que declaró, por su sentencia definitiva que no puede ser falsa, preciosos y soberanos bienes, los que el mundo juzga por bienes falsos, y por los mayores y más aborrecibles males: la pobreza, las lágrimas, y lo que el mundo llama calamidad y persecución. Bienaventurados, dice (Matth., cap. v), son los pobres, los llorosos,

(1) Hay entre los mss. de la Biblioteca de este convento de San Felipe el Real un Códice de 4.º regular, bastante estropeado, con el título de *Sermones varios de Santos*, cinco de los cuales se atribuyen al maestro Fr. Luis de León. El primero es un fragmento de sermón de Kalenda para la vigilia de Navidad, por donde comienza el libro. Síguese otro sobre el Evangelio *Vos estis sal terræ*, con la nota uno, y otro de *F. L. de L.* Después, como al medio del Códice, se encuentran otros tres sermones de la *Invención de la Cruz*, de la *Conversión de San Pablo* y del *día de San Pedro*. Estos últimos más parecen apuntamientos, que discursos seguidos, ni tienen la nota de los anteriores; si bien son de una misma letra, tan mala, que apenas se puede entender, sin ortografía y con cifras continuas. Por tanto sólo damos los dos primeros, para que sirvan de muestra, dudando mucho que sean legítimos de nuestro autor: por lo mismo van de diferente letra.

los pacíficos, los sin ruido, los que con hambre y sed deseáis que reine la piedad y la justicia, los que el mundo por mi causa perseguirá hasta la muerte: porque vuestro es el reino de los cielos. Como si les dijera: pobres sois, y perseguidos habéis de ser: conviene que vuestra vida, obras y deseos sean muy apartados, y limpios del mundo; y de fuerza, que el mundo os ha de aborrecer y armarse contra vosotros como contra sus enemigos; pero entended, y consolaos con esto, que en medio del fuego de toda esa adversidad y persecución, que al parecer espanta tanto, gozaréis de un increíble descanso y de una suma felicidad. Y porque no le pudiesen decir que era demasiado rigor de vida el que les pedía, y que mucho menos de aquello les bastaba para cumplir con su oficio, muéstrales por todo lo que hoy se ha leído del Evangelio, lo mucho que les importa ser tan pobres, tan sufridos, tan limpios de corazón, tan celosos del honor de Dios como he dicho, y no ser en cosa alguna faltosos y defectuosos.

Lo primero, porque dice tenéis la condición de la *sal*, que puede dar sabor al manjar, y ella si pierde el sabor, no hay otra sal que la sale. Las demás gentes si tuvieren algunas imperfecciones y faltas, á vosotros incumbe, y de vuestro oficio es remediarlas; mas si vosotros, que sois la regla, faltáis, no queda quien os enmiende, y así quedáis sin remedio y sin provecho.

Lo segundo, porque dice *sois luz del mundo*; y como una *ciudad puesta en un monte*, así estáis puestos á vista de todos: y como la candela no escondida, sino puesta sobre el candelero, extiende su luz por toda la casa, y no puede ser encubierta, así vuestras faltas, si algunas tuviéredes, por más pequeñas que sean, han de ser vistas y notadas con afrenta vuestra, y daño común de todos. Pues que el oficio de enseñar y mandar os ha de sacar á luz, haced que con la luz de la doctrina resplandezca juntamente la luz de la vida. Y si por caso, dice, de haber desechado yo y menospreciado algunas ceremonias de los Fariseos, sospéchais que vine á daros suelta y libertad, no viváis engañados, que no vine á traspasar la ley, sino á cumplirla; á poner en ejecución sus figuras y sus sombras; á dar verdadero entendimiento en lo que de ello la fingida religión y la hipocresía tenía aborrecido; á mudarla de los libros y de los oídos, al corazón y á las entrañas de cada uno, esculpiéndola en ellas, para que lo que hasta agora solamente se mandaba, de aquí adelante se desee y apetezca. El cielo puede faltar, y la tierra con toda su firmeza, primero que deje de obligar y tener fuerza la menor tilde de toda la ley. Lo cual en tanto grado es verdad, que si por caso alguno enseñando bien, viviese mal, contra alguno de estos menores mandamientos, como hombre vil y de poca suerte, no

tendrá parte en el cielo: aquel sólo de veras será grande, así en los juicios y estimación de los hombres, como en la verdadera virtud, que jurando á las palabras las obras, conformare con su buena doctrina su buena vida.

De este sentido de la letra del sagrado Evangelio, llanamente usa hoy la Iglesia para dos fines: el uno, para hacer una historia de las virtudes de este Santo, que fué un trascripto vivo de este sagrado Evangelio; y el segundo fin es, para enseñar por palabras y por obras, por las palabras del santo Evangelio, y por el ejemplo de este Santo, todas las virtudes y buenas cualidades que ha de tener un Rey, un Príncipe y un Obispo, y otro cualquier prelado eclesiástico. Que todas ellas se resumen en tres, en ser *sal, luz y ciudad* en alto puesta: la cual es doctrina muy importante y necesaria, porque á la verdad, estas son las fuentes de donde dimana, y los cielos que influyen y derraman todo nuestro bien y nuestro mal.

De estas tres cosas en común, y en particular de cada una de ellas, diré conforme á la licencia que el tiempo nos diere. Sois sal de la tierra, luz del mundo, ciudad puesta en alto. Por la sal, en la sagrada Escritura, entre otras cosas, se entiende el amor y caridad. Dice Jesucristo por San Marcos (Marc., cap. ix, v. 50): *Tened sal en vosotros*, que quiere decir, vivid en paz y en amor. El amor es el apetito de todas las cosas, y lo que sólo pone sabor y gusto en nuestras obras, como la sal lo hace en todos los manjares. Y así en el Levítico (Lev., cap. ii, v. 13) se llama *sal fœderis*, sal de alianza y amistad, y se manda poner en todos los sacrificios: porque todo aquello en que no se mezcla el amor y caridad de Dios, por grande al parecer, y por precioso que sea, no se contenta Dios de ello, ni le es gustoso. *Si entregare*, dice San Pablo (I. ad Corinth., cap. xiii, v. 3), *mi cuerpo al fuego, y á la llama, y me abrasare, faltándome la caridad habré hecho tanto como nada*. Así que decir *sal*, es decir caridad, sabor, gusto. Decir *luz*, es decir sabiduría y doctrina de verdad: y así, dice Salomón (Sap., cap. iii, v. 7; Dan., cap. xii, v. 3), que los que enseñan á otros el camino de la luz y de justicia, son como estrellas lucientes puestas en el firmamento, y fijadas en lo supremo de él. Decir *ciudad*, es decir fortaleza y amparo. Son, pues, los Apóstoles y todos los demás que tienen á su cargo la gobernación de otros hombres, sal, luz y ciudad; esto es, amorosos, sabios y fuertes. Y entenderse ha la necesidad precisa que tienen de ser tales, si entendiéremos primero qué sea aquello que puntualmente se pretende y pretendió, en hacer que unos tuviesen cargo y mando en la gobernación de otros. Para lo cual p'de atención.

Todo el bien, conservación y perfección de las cosas en

universal, y de cada una de ellas en particular, consiste en la unidad y sencillez; y por el contrario, todo su mal y desventura nace de la muchedumbre y diversidad, división, y apartamiento. Un gran filósofo lo dijo esto primero que yo, aunque según su costumbre, oscuramente, debajo del nombre de números. Pitágoras Samio dice, que el número de uno es el que da el ser á las cosas, y el número de dos es la muerte y corrupción de todas ellas. La experiencia que es el más cierto testimonio, nos enseña lo mismo. Una piedra, cayendo de un lugar alto, descende tan impetuosamente, y pide el centro con tanto aceleramiento: y si la preguntásedes la causa de tanta priesa, y ella os respondiese, os diría, que el deseo de juntarse, y hacerse una con su lugar, es el que la trae así, porque en aquella unidad está su descanso y perfección. Al revés, si la arrojáis en alto, y la forzáis á que suba, la causa de aquella violencia, ¿qué es, sino porque la apartáis de su natural descanso, en la cual división se da principio á su división y muerte? Dejo esto, y vengamos á lo que traemos entre las manos, y vive con nosotros dentro de nuestras casas. ¿Qué cosa hay peor, más temida, ni más aborrecible, que la muerte? Pues la muerte, ¿qué es sino un apartamiento del ánima y el cuerpo? Por el contrario, la vida es la que, entre todas las cosas buenas, se tiene en mayor precio y estima, y es solamente un nudo, una conformidad, un abrazo del cuerpo con el alma. La bienandanza de los hombres, ¿en qué consiste? ¿O cuándo llega un hombre á ser bienaventurado, sino cuando están de un parecer, ó como solemos decir, hechos á una el cuerpo y el ánima con Dios?

Mas veamos ahora lo que cerca de esto nos enseñan las divinas letras. De la división, dice Cristo (Luc., cap. xi, v. 17): *Omne regnum divisum in seipsum desolabitur*. Lo que asuela hasta los cimientos las casas, las ciudades, los reinos, es la división. Y acerca de la unidad, se dice en el Salmo, por grande encarecimiento y soberano loor, de la celestial Jerusalém (Ps. cxxi, v. 3): *Cujus participatio ejus in idipsum*: cuyos ciudadanos, dice, en su contratación y comunicación, son como si todos fuesen de un mismo corazón y voluntad. Pero sobre todo, nos declara esto para nuestro propósito el santísimo y pacientísimo Job: que pretendiendo encarecer la gran desventura del hombre, escogió por mejor medio de todos, mostrar las grandes variedades y mudanzas continuas á que está sujeto, sin estar jamás en un ser; teniendo por averiguado que el ser uno mudable, y el ser desventurado y miserable, siempre andan en una misma cuenta (Job, cap. xiv, v. 1). *Homo natus de muliere brevi vivens tempore*. El hombre, dice, ¿queréis ver su miseria? Poned los ojos en su mudanza continua. Al fin no puede negar á sus padres, nace de mujer, esto

es, del principio, y de la madre, do nació toda la discordia y división entre Dios y los hombres, de la más mudable é inconstante sabandija de todas nace: nace para vivir, y en naciendo muere: vase deshaciendo, y desatando de punto en punto, y cada momento pierde el ser que es, y granjea lo que luégo ha de perder. Es más perecedero que la flor, que en breve tiempo florece y se marchita; más inconstante y más mudable que la sombra, que de continuo, ó crece, ó mengua: y así el hombre no permanece en un estado jamás, que es ser por todo extremo miserable, porque, como habemos dicho, todo el bien consiste en la unidad. Y á esto, según sospecho, tuvieron atención aquellos dos filósofos, Parménides y Meliso, que como habéis leído allá en la vieja filosofía, dijeron, todo el mundo, y todas las cosas que hay en él, ser una sola. No dejaron de ver lo que todos vemos, infinita muchedumbre de cosas, diferentes unas de otras, á lo que parece; mas viendo, que sólo lo que es uno, se sustenta y prevalece, y que donde no hay unidad no puede haber bien alguno; entendieron que todo es unidad, que todo cuanto hay en el mundo, lo uno con lo otro, está tan asido y tan eslabonado, que con mayor razón se puede llamar una cosa, que muchas. ¿Qué cosas hay, al parecer, más diferentes que el hierro y la piedra imán? Y la experiencia nos enseña la gran conformidad y unión que tienen entre sí. Tres mundos hallaron los antiguos, al primero y más alto de todos llaman los teólogos angélico, y los filósofos intelectual, que contiene en sí los nueve órdenes de los Angeles, con toda su policía: al segundo llamaron celestial, que se compone de otros nueve cielos, el principio del movimiento, el cielo estrellado, y los planetas: el tercero es todo esto que está bajo de la luna, donde habitamos, y llámase elemental.

Moisés en el tabernáculo, que edificó (Gén., cap. xxvi), dividió tres partes diferentes, según dicen los expositores hebreos, para declarar en ellas estas tres diferencias de mundos. La primera parte de él estaba descubierta al riesgo de los vientos y de las aguas, y podían entrar en ella indiferentemente, así los hombres, como los brutos animales, cual es este mundo en que vivimos. En la segunda puso un candelero de siete ramos, en cada uno de los cuales había su luz y su candela, que es el segundo mundo, que dijimos celestial, donde dan luz los siete planetas. En la tercera, puso solamente el Arca del Testamento, y dos Querubines, que es puntualmente lo que hay en el mundo angélico, los Angeles y Dios. Estos mundos, al parecer, son unos de otros muy diferentes: este nuestro es mundo de tinieblas: el Angélico de luz: el celestial, como mundo, tiene parte del uno y del otro. Este es el parecer, que en la verdad, es cosa maravillosa, la

semejanza, la consonancia, la conformidad y unidad que hay entre todos.

Sentencia es recibida por toda la escuela platónica, que lo que hay en cada uno de ellos, hay en cada uno de por sí, y en todo juntos, aunque según sus grados, más y menos perfectamente. Y aunque aquí había mucho que decir, por abreviar, sea ahora sólo este ejemplo. En este mundo hay elemento de fuego; en el celestial, hay el fuego del sol; en el angélico, el fuego de los serafines: pero de esta manera, que el fuego de acá quema, el del cielo da vida, el de los serafines ama. Y ciertamente no se puede negar una fuerza, una virtud, un lazo encubierto, que enlaza, añuda y abraza toda la grandeza y variedad de este mundo, lo último con lo medio, y lo medio con los extremos, tan estrechamente, que todo lo hace uno; tan provechosamente, que á faltar este nudo, perdería todo. Porque, como habemos probado, el bien, la conservación y perfección de todas las cosas, consiste en la unidad.

Lo que he probado en las demás cosas, por la misma razón, y por mayor razón, es verdad en los hombres, que divididos, se pierden, y para valerse y conservarse es menester que sean uno; sino que la unidad, que en las demás cosas se causa por un secreto de naturaleza, en los hombres, por razón de ser libres, ha de nacer de amistad, ha de ser por vía de amor y conformidad, así en los pareceres como en las voluntades. Mas porque el tener cada un hombre su entendimiento y voluntad propia, tan libre y tan sobre sí, y tan diferente de la de su vecino, ponía gran estorbo y dificultad en esta unidad y conformidad que decimos; ordenó Dios con divino consejo, que cada uno en particular se deshiciese de su juicio, depusiese de su voluntad y entendimiento, y de entre todos juntos, se escogiese uno, en quien todos la depusiesen, que fuese un entendimiento y una voluntad común para todos, que entendiese, y mirase por todos, y quisiese el bien de todos, y que haciendo esto, fuese un lazo y un nudo que los añudase tan estrechamente, y los hiciese tan unos, y tan conformes, como si fuesen una misma persona todos. Que es, como prometí decir, puntualmente el oficio del Príncipe, y del Prelado, reducir á unidad, y conformidad á sus súbditos, hacerlos de un parecer y voluntad, ó por mejor decir, ser él solo su parecer y voluntad: que descuidándose ellos de sí y de sus cosas, mire él por ellas y las provea. Que sea este su oficio, demás de la razón dicha, que es evidente, vése á la clara cerca del Profeta Ezequiel (Ezech., c. xxiv, v. 4 y sig.), en la queja que muestra Dios contra los Prelados, que no lo hacen así. *Quod confractum est, non alligastis, quod abjectum, non reduxistis, quod perierat, non quasivistis; sed cum auctori-*

tate imperabatis eis, et cum potentia, et dispersæ sunt oves meæ, eo quod non esset pastor. ¡Ay, dice, malos pastores! Vuestro oficio era recoger mis ovejas, y vosotros sois los que las habéis esparcido: perdido han por vuestra culpa la conformidad y unidad que habían de tener por vuestro oficio: las quiebras de las cuales no las soldásteis; si alguna se dividió del hato, y del rebaño, no la recogisteis. ¿Qué, digo, no la recogisteis? Antes con un mandar absoluto, lleno de sinrazón y tiranía, con un usurpar vosotros mismos el oficio del demonio, sembrando dos mil engaños, mil embustes y chismeras, encendéis en sus corazones fuego mortal de discordia. Vosotros mismos, de donde había de nacer toda su paz, los habéis dividido.

Y si este es el oficio de Prelado, ser una voluntad común, una unión de todos sus súbditos; ya está clara la grande necesidad que tienen de ser sal, luz y ciudad, de ser amorosos, sabios y sufridores, y amparadores, conforme á lo que dice el santo Evangelio. Es el Prelado voluntad hecha para todos; luego menester es, que sea sal, esto es, que la tenga con la caridad y amor de Dios, tan sabrosa, tan tratable, tan amiga, de tanto gusto, tan aficionada al bien de los otros, que con facilidad se conforme y mida á las condiciones de todos. Es el Prelado entendimiento común; pues sea luz, tenga el sabor y el aviso del cielo, con que entienda, mire, provea lo que cumple á todos. Es un nudo, y una unión de sus súbditos; pues sea ciudad, tan capaz, que quepan todos en él, y que vivan en su pecho; tan fuerte, que los sufra, y los ampare tan abastada y proveidamente, que hallen en él remedio y provisión en todos sus menesteres. Sois sal de la tierra, luz y ciudad, etc.

Jesucristo puso en los Apóstoles y sus sucesores los Prelados, y predicadores, la medicina de los hombres, y cuales son las enfermedades, tales han de ser las medicinas. En tres males señaladamente caemos los hombres por el pecado, el uno está en la parte que llamamos voluntad y apetito, que es una mortal afición á todo lo que es malo, y un disgusto, y enfado, y una enemistad secreta, y metida en los huesos contra la justicia de Dios y sus leyes. Dice el Señor (Gén., c. viii, v. 21): los deseos y sentidos del hombre inclinados son al mal de su nacimiento: y el Apóstol dice (Ad Ephes., cap. ii, v. 3) de todos, que nacemos hijos de ira, por razón de este culpable desconcierto, y de estos malos siniestros con que nacemos. Porque vernos Dios en nuestro nacimiento tan nevados, tan nacida para mal nuestra voluntad y apetito, tan otros de los que habíamos de nacer y de los que Él nos hizo; ver Dios su obra, en que Él tanto se remiró, por nuestra culpa tan estragada y perdida, le enciende y abrasa el corazón en ira, y le pone agonía de deshacerla. Este es el mal de la

voluntad. El segundo mal es el del entendimiento, que son unas tinieblas palpables de ceguedad y de ignorancia. Así lo dice el Sabio (Eccli., c. xi, v. 16): *En los pecadores nacieron y se criaron las tinieblas.* Es tan ciego el hombre, que á sí mismo no conoce, con quien trata continuamente; y en lo que anda más errado, y atina menos, es aquello que más le cumple saber, y en que más desea acertar, que es el camino de la bienaventuranza y de la buena suerte, como se ve por infinitos ejemplos.

A estos dos males, uno de la voluntad, y otro del entendimiento, se junta otro tercero, que consiste en una pobreza y una falta universal de abrigo, de socorro y alivio en todas sus necesidades, así en las del ánimo como en las del cuerpo. De arte que el hombre está dañado en la voluntad, ciego del entendimiento, y cercado de pobreza por todas partes. Clara imagen de estos tres daños fué aquel hombre, de quien se cuenta en el Evangelio (Luc., c. x, v. 30), que descendiendo de Jerusalén para Jericó, le saltaron unos ladrones y le hirieron una, y más veces, y despojaron: cuya desventura, según dicen los santos, fué traslado de nuestro primer desastre y perdición; á donde fuimos heridos, una vez en la voluntad, y otra en el entendimiento, y al fin quedamos despojados. Mas sobre todo se ve esto ser así, en el que dió principio á todos estos males, que fué Adán, el cual, después del pecado quedó tan flaco y torpemente aficionado, como declaró la vergüenza que él mismo de sí mismo hubo (Gén., c. iii, v. 10). Quedó ansimismo tan ciego, y necio, que pensó é intentó de esconderse de Dios: tan pobre y menesteroso, que el mayor reparo y abrigo, que con toda su industria halló para cubrir su desnudez, fué una hoja de higuera. Pues porque las enfermedades del hombre son estas, y los Apóstoles y Prelados son hechos para remedio de ellas, por eso han de ser sal, luz y ciudad puesta en alto. Sal, para atajar la corrupción de nuestro mal apetito, para que siendo ellos el sabor y gusto de la caridad, nos comuniquen su gusto, y hagan sabrosa y apetitosa á nuestra voluntad de lo bueno, y la aficionen, y enciendan en el amor de las cosas divinas, que tiene tan aborrecidas. Luz, para que con los rayos de su enseñanza y doctrina, destierren las tinieblas de error y de ignorancia de nuestro entendimiento, y nos muestren el camino del cielo, y nos desengañen del engaño en que estamos en las cosas de esta vida. Ciudad, para bastecimiento y reparo de nuestra pobreza y mendiguez. Y como aquel hombre del Evangelio, herido y despojado por los ladrones, fué figura de nuestros males; así lo que hizo con él el Samaritano, que le acorrió y guarreció, es imagen de estas cualidades que pone Cristo en sus Apóstoles, y en sus sucesores. Lo primero con vino, que es el

gusto, el alegría, la fuerza y calor de la caridad, con que se remedia el gusto corrupto y dañado de nuestra voluntad. Aco-rrióle lo segundo con aceite, que es el mantenimiento de la luz, para la ceguedad del entendimiento: lo postrero, con casa y dineros, en que está la provisión y bastimento en todas las necesidades del cuerpo. Así que, con justa razón, pide y quiere Cristo, que los gobernadores de su Iglesia sean sal, luz y ciudad, para que dando gusto á nuestras voluntades, y alumbrando nuestro entendimiento, y desterrando nuestra pobreza, quedemos del todo remediados.

Léese en el tercer libro de los Reyes (III. Reg., c. vii), que Salomón, entre otras vasijas que puso en el templo que edificó á Dios, puso diez como pilas grandes de bronce labradas en cierta forma, para que estando llenas de agua, lavasen en ellas sus sacrificios los sacerdotes. Era la obra de estas pilas muy hermosa, y dicese que tenían por basas, donde afirmaban, hechos de bulto, y del mismo metal, un buey, un querubín, un león, que es imagen viva de lo que vamos diciéndo. El Prelado y el Predicador eclesiástico, vaso es, en quien y por quien ha de tomar limpieza todo lo que se ofrece á Dios en sacrificio; y de su oficio es, y de su cuidado, lavándolas continuamente, limpiar de toda fealdad y mancilla las conciencias de los suyos, que es la ofrenda de que Dios más se agrada. Estriba en un buey, un león y un querubín, porque todo su fundamento está en ser sal, luz y ciudad: en una caridad nacida para el servicio y provecho común de los otros, cual es la condición del buey: en una luz de saber y de verdadera doctrina, cual es la del querubín, que significa abundancia y perfección de sabiduría: en ser cual el león es, fuerte y principal, y de un pecho real y generoso, para sustentar en sí y sobre sus espaldas todas las faltas y pesadumbres de los que tiene á su cargo. Lo que es en el cielo, y en la Iglesia triunfante, la primera y más alta jerarquía de los Angeles, que sin medio de otro alguno, se comunican con Dios, y por medio suyo se deriva y se reparte el saber y el bien á los otros; ese mismo lugar y alteza de grado tienen acá en la Iglesia los Prelados y Predicadores. Las propiedades que hay en aquella jerarquía, esas son las que primeramente, por nombre de sal, luz y ciudad se demuestran hoy en el Evangelio. Hay en aquella orden serafines, querubines, tronos; ha de haber en cada cual, que por ser Prelado está en semejante lugar, las propiedades y cualidades de estas tres cosas: ha de ser un serafín, por amor y caridad, como hemos dicho: un querubín, por la gran luz de sabiduría divina: un trono de alteza, y preeminencia, adonde tengan asiento y descanso, adonde se guarezcan todos los que tiene á su cargo. Esto sea dicho así en común; descendamos á lo particular, etc.

Sois sal de la tierra. Ya dije, que sal en la Escritura es el amor de Dios, y la caridad sabrosa, amorosa, ferviente, que es lo primero y principal en que ha de estar fundado el Prelado y Predicador. Como parece claramente en el capítulo último de San Juan (Joan., c. xxi, vv. 13 y sig.), adonde queriendo Cristo nuestro Redentor poner en su Iglesia á San Pedro, para pastor universal que la gobernase en ausencia suya, como su Vicario principal, solamente le examinó en si le amaba más que los otros Apóstoles. *Pedro*, dice, *¿ámasme más que estos otros tus compañeros?* Responde San Pedro: *Señor, tú lo sabes, que te amo.* Y torna Cristo á decirle: Pues *apacienta mis ovejas.* Para encomendar Cristo á un hombre el cuidado universal de su Iglesia, y ponerle en sus manos la gobernación de toda ella, y aventajarle sobre todos, de ninguna otra cosa se informa más del amor que se le tiene, y de lo que en ello se aventaja á los demás. Que es cosa muy digna de advertir, para que entendáis, que el todo de ser uno buen pastor, señaladamente consiste en esto, en que como precede á los demás en autoridad y poder, se aventaje ansimismo en amar á Dios, con un amor más firme y verdadero que otro ninguno. Y la causa de ello es, porque lo propio y verdadero de su oficio es, como dijo Cristo, apacientar, sustentar, mantener y acariciar, y desvelarse en dar pasto de vida y contentamiento á sus súbditos. Que si el oficio del Rey ó del Prelado fuera trasquilar sus ovejas, pidiérase Dios que tuvieran hierro, aspereza, inhumanidad. Si Dios ordenara en su Iglesia mandones y tiranos; pidiera altivez, sobrecejo, presunción, armas, temor, autoridad y mando eterno. *Los Reyes de las otras gentes*, dice (Luc., cap. xii, v. 25), *se enseñorean de ellas, mas vosotros no así.* No pone Dios en su Iglesia señores absolutos, que la peleen y la acocean, sino pastores que la apacienten, que la velen, que la abriguen, que la defiendan, que la medicinen y acaricien, y la traigan sobre sus ojos, y que la amen de un amor y concordia entrañable.

Y así una de las más principales virtudes que les pide, es amor, porque todo esto que han de hacer los Prelados, y toda la suma de su oficio, se resume en amor. Si el que tiene á su cargo la gobernación de otras gentes, no está muy aficionado y muy adelante en el amor de Dios, en cuyo nombre y para cuyo servicio las gobierna, está á peligro de levantarse con el cargo y la tenencia que tiene; y olvidándose de responder á Dios, cuyo oficial es, hacerse señor absoluto. Pues para que el Prelado en la ejecución de su oficio guarde á Dios la fe y lealtad que debe, para que en toda su gobernación no pretenda conseguir otra cosa más de lo que Dios pretende (que es el bien y el acrecentamiento de sus súbditos, el adelantamiento de la verdadera virtud de lo que de veras es bueno, y